

LA CARIDAD.

LA ESCENA DEL HEROE.

ANGEL de la gran Colombia
 Fierocísimo guerrero,
 Tan heroico en el combate
 Y tan sabio en el Concejo,
 Tan cumplido con los hombres,
 Con las damas tan discreto;
 El que ganó más batallas
 Que ostrellos hay en el cielo,
 Y del Orinoco al Rinuo
 Movó triunfantes sus tercios;
 El que fué con sus amigos
 Desprendido y caballero,
 Con todos noble en extremo;
 El espanto de los Reyes,
 El escudo de los pueblos;
 El terror de los esclavos,
 Y de los libres aliento;
 El que rindió con su espada
 Y dió á la Patria en trofeo
 Las banderas inmortales
 Del heróico pueblo ibero;
 El Libertador de un mundo,
 Que asombró con su denuedo,
 Rindió tributo á la muerte,
 Que no reconoce fueros;
 Y á los fieles servidores
 Que están al pié de su lecho,
 Así les dica, sombrío,
 En el instante postrero:
 "La grandeza de los hombres
 Es más fugaz que los vientos:
 Como débil luz se extingúe
 La vida que háy en mi pecho
 ¿Qué ha quedado de mi obra?
 Rompí cadenas y cotros,
 Mas la discordia levanta
 Su oscuro pendon sangriento.
 Los que tanto combatimos
 Por la libertad del pueblo,
 En la mar hemos arado,
 Hemos sembrado en el viento.
 Si la discordia no acaba,
 Dará á la anarquía el cetro,
 Y América ingobernable
 Será para el mundo entero.
 ¿buscan todos amparo
 En el dolor del destierro,
 ¿tendrán que resignarse
 A la vida de los siervos,

Si se digna conquistarlos
 Algun déspota extranjero."

Calló el héroe, y en la estancia
 Reinó profundo silencio,
 Que al par del dolor crecían
 La admiración y el respeto.

Juégó brotó de sus ojos
 En rápida chispa el fuego,
 Y ya de espirar á punto
 Dijo, esforzando el aliento:
 "Tú, mi edecan, Belford Wilson,
 La espada pon en mi féretro,
 Porque puedo despertarme
 Al ruido de los hierros!"

JULIO CALCAÑO.

7550

EDUCACION.

COMPLIMOS lo ofrecido insertan-
 do algunos pasajes de la circular
 del señor Secretario de Instrucción
 pública. Habla de los vicios de
 nuestra educación, y despues dice:

El remedio está, por tanto, en la
 educación, que es olla la que más con-
 tribuye á modificar costumbres malas
 y á formar otras excelentes. Apelemos
 á aquel elemento para inculcar y de-
 sarrollar nociones nuevas y rectificar
 otras que hoy hacen su obra y que son
 detestables. Se confunde, por ejemplo,
 la incivilidad, la mala crianza, la rus-
 ticidad somisalvaje con las formas de
 la democracia, con las prácticas de la
 vida política libre y hasta con las ne-
 cesarias transformaciones del carácter
 individual, que este régimen opera.
 Nada es tan comun entre nosotros co-
 mo hablar de una fisonomía "aristocrá-
 tica," por una fisonomía distinguida, y
 viceversa, aplicar á lo grotesco, á lo vul-
 gar y odioso el epíteto de "democráti-
 co." Franqueza republicana se llama
 hasta por la prensa seria á la grosera
 intemperancia de la palabra, y altiva
 llaneza de pueblo libre, insultar y ánu
 el atropellar á los que en ejercicio de la

autoridad pública, representan sin em-
 bargo á ese mismo pueblo. Ha cala-
 do, parece increíble, en muchos espíri-
 tus la convicción, que se manifiesta
 hasta en nuestras Cámaras, de que la
 urbanidad y las grandes maneras so-
 ciales, son resavios del viejo régimen,
 cuando son simplemente manifestacio-
 nes externas del culto al derecho y á
 la dignidad humana, culto que no
 debe faltar en ningún pueblo civiliza-
 do y mucho ménos en los que se jua-
 tan de respetarse á sí mismos por la
 práctica del Gobierno propio, repre-
 sentativo. Conservamos así la rudeza
 pero no el decoro castellano de nues-
 tros mayores, y á fuerza de decirlo y
 de rebajarlo todo, se color de altivas
 é intransigentes convicciones demo-
 cráticas, vamos despojando á nuestro
 idioma de su púrpura, y al lenguaje
 en general, de la ironía delicada, que
 es en él lo que el aroma de las plan-
 tas más ricas de la flora.

Pidamos, pues, á la instrucción que
 educa, el remedio que tan deplorable
 estado de cosas demanda; y si no po-
 damos modificar las generaciones que
 ya están formadas, formemos al ménos
 las que se levantan en diversos mol-
 des. La Dirección superior de la Ins-
 trucción nacional, recomienda por
 tanto, con especial encarecimiento á
 las de los nueve Estados de la Union,
 los siguientes puntos, á saber:

1.º Que den por sí y hagan que to-
 dos los maestros de su dependencia
 den á la enseñanza de la urbanidad,
 la excepcional importancia que su na-
 turaleza requiere. Ella debe dictarse
 diariamente y por profesores oscogi-
 dos, de modo que la lección oral sea
 confirmada y completada por el ejem-
 plo que los alumnos reciban.....

3.º El aprovechamiento en el apren-
 dizaje de los principios y reglas de ur-
 banidad debe comprobarse y premiar-
 so, de preferencia, por los modales y
 aspecto del alumno. Que éste con-
 curra á la escuela con sus vestidos
 limpios, peinado, lavadas la cara,

manos y piés, y todo el cuerpo siguie-
 ra una vez á la semana, para formar
 en él hábitos de aseó e ir corrigiendo
 los contrarios de suciedad extraordi-
 naria que hoy son distintivos de nues-
 tro pueblo.

4.º El maestro debe sacar á sus
 alumnos á pasear en los campos veci-
 nos, y durante esta distracción, debe
 inculcarles prácticamente nociones de
 moral, y de respeto y fecundo amor á
 la naturaleza. Fomentará en ellos el
 sentimiento del amor al prójimo y el
 de caridad para con los que sufren,
 promiando con especialísimas distin-
 ciones á los alumnos que den una li-
 mpcana por insignificante que esta sea;
 á los que visiten á los enfermos desva-
 lidos; á los que protejan al anciano ó
 al niño; á los que reclamen contra la
 sevicia, por desgracia harto frecuente,
 con que gentes desalmadas tratan á
 los animales de carga y á los perros.
 Les enseñará, durante tales excursio-
 nes, á amar y cuidar los árboles y las
 plantas y á respetar los animales todos
 y particularmente á los domésticos y á
 los que son inofensivos. Hará que no
 ponotren en los comosterios ni pasen
 por enfrente de un templo, de la ban-
 dera nacional ó delante de un cadá-
 ver, sino con la cabeza descubierta,
 en señal de respeto por las creencias
 religiosas, por la Patria y por la
 muerte.

Los hará comprender igualmente,
 cuánta lástima y piedad merecen los
 locos, y por consiguiente el extremo
 de crueldad y salvajismo en que incu-
 rren los muchachos que, por ignoran-
 cia ó por malos instintos, se apañi-
 llan en las calles y plazas contra aque-
 llos infelices y los exacerbán y esti-
 mulan la indecencia de su actitud y
 lenguaje.

5.º Algunos de los locales de nues-
 tras escuelas tienen patios espaciosos
 ó huertas anexas, en las que es posi-
 ble y aun fácil plantar pequeños jar-
 dines y sembrar árboles frutales ó de
 adorno. Importa infundir inclinacio-

ANO XVIII (39) 16 SPT. 1881 Sala 22 N.º 7983

de este sentido en los alumnos, ó de enseñar las que ellos posean.....

6.º Prestemos el mayor cuidado posible al aprendizaje de la música, si quien sea dentro de los reducidos límites que nos traza nuestra incipiente en las tareas docentes. Nada es eficaz en el sentido del progreso a que aspiramos, como el cultivo de aquel arte, al cual deben los benéficos propagadores de la temperancia señaladas victorias en su lucha contra el alcoholismo. Desde que los artesanos franceses han aprendido el manejo más o menos hábil de un instrumento musical cualquiera, el de la voz, inclusive, "el hogar (dice Despois) ha recobrado su vivaz calor, y las tabernas principian á quedar desiertas." Según la historia de la delincuencia contemporánea, que en años pasados se presentó al Congreso de criminalistas reunido en Londres, la de los músicos es, entre todas las clases sociales designadas por la profesión ó oficio, la que da un contingente menor á la estadística del crimen, en todos los países que fueron objeto de los estudios de aquella corporación. Entre nosotros la enseñanza de la música puede ser aún más eficaz y benéfica, si se atiende á la suavidad relativa de nuestro carácter y á la feliz disposición de que para el cultivo de aquel arte estamos dotados, á que se agrega que la formación y educación del sentido musical servirá para corregir la fonética detestable que en el uso de la lengua es peculiar á los habitantes de de nuestras antipodias.....

Es probable y aun seguro que contra esta enseñanza de cultura moral y social, el celo que la recomienda y aun la Autoridad que trata de implantarla, se ensayen dos objeciones de que, por lo mismo, debemos darnos anticipada cuenta, para demostrar que carecen de sólido fundamento.

Diráse, en primer lugar, que aquellas y la tarea que su propagación impone son en su mayor parte de la ex-

clusiva competencia de la familia, y que en la escuela que el Estado sostiene y la Nación fomenta, no debe atenderse sino á lo que es mera labor de instrucción, ó sea al desarrollo y dirección de la inteligencia. Se agregará por otros, tal vez por los mismos que así piensan, que la ciencia, desde su noción elemental hasta la más amplia ó complementaria, es capaz por sí sola de proporcionar el conocimiento de las necesidades enumeradas y de proveer á su más cumplida satisfacción.....

Respecto de lo primero, debemos observar que la escuela y el colegio tal como entre nosotros están organizados, en relación con la edad en que reclaman al niño y el período de tiempo durante el cual lo retienen en sus claustros, impiden del todo ó estorban considerablemente la acción educadora del hogar doméstico. El niño entra, en efecto, á la escuela á los seis ó siete años, edad en que principia á ejercitarse eficazmente la acción ejemplarizadora de los padres, y sale de allí para pasar al colegio en el que transcurren los últimos años de su adolescencia y principian los de la juventud, durante los cuales, como álguien ha observado, "entran los metales fundidos en el molde." Cuando ha terminado así sus estudios, cuando ha coronado la carrera de su elección, la formación de su carácter puede decirse que está iniciada bajo la influencia directa, eficaz, en muchos casos irresistible del hogar lejano, de la debilitación consiguiente de los lazos y afectos de la familia, de los grandes centros de una población indiferente á su porvenir y de la atmósfera poco sana en lo general del respectivo colegio. Si pues la escuela y el claustro universitario se interponen entre el hogar y el niño, durante la época de la vida en que la primera irradia sobre el alma del segundo su luz y su calor benéficos, nada más justo que poner en la institución oficial docen-

te los focos vitales de esta irradación, á no ser que se quiera suprimir del todo la labor educacionista, ó sea la labor puramente moral, en el supuesto de que la ciencia lo abarca y lo resuelve todo.

Pero esto último no es tan cierto como se supone. La ciencia no plantea, ni resuelve por sí sola todos los problemas de que dependo el porvenir del hombre y el de las sociedades en que este se agita. Por el contrario, el fatalismo á que lógicamente nos arrastran muchas de sus más rigurosas concepciones, necesita y aun pide clamorosamente ser equilibrado por el desarrollo de otras tendencias simpáticas del corazón humano. El hombre no puede aceptar, como única solución de todas sus dudas, la de la tremenda sumisión de la impotencia á que lo condena la doctrina de una evolución inflexible que parece decir á los que dudan, á los que gimen, á los que batalian: "por más que hagais en contrario, los planetas y los hombres seguirán girando en la órbita que les han traido leyes ineludibles; lo único que os corresponde es aceptar estas leyes, si aceptais la vida." Fuera de este criterio de la fatalidad moderna, tan inexorable como el de la antigua, la sociedad y el individuo necesitan y buscan con ahinco el criterio de entidades distintas, ante el cual les sea dable proponer siquiera, como Edipo á la Esfinge, la solución de aquellos problemas que si la ciencia puede eliminar de su examen, la humanidad jamás podrá arrancar de su corazón. La necesidad de creer, viva, imperiosa, inexorable, sobre todo en cuanto se refiera á las causas anteriores y finales, desde que no se ve atendida por ninguna solución científica, tiene que recurrir á la hipótesis, á la verdad posible, á la deducción, á los estados de idealización y gracia, esto es, á la religión, á la moral, al arte, á la poesía. Suprimir la acción de estos poderosos elementos

es tarea imposible, y cuando se la ensaya en la instrucción de la juventud no es más que para producir verdaderos abortos. Así lo han comprendido los grandes educacionistas de nuestra época, quienes al tratar de las relaciones del maestro con los discípulos no se limitaron á procurar el solo contacto de las inteligencias, sino que buscaron también el de los corazones. "Transportaba la educación doméstica (dice el alemán Fraustenrath, refiriéndose al insigne Pestalozzi) á la educación pública, y hacia de la escuela una casa paterna." Y este mismo maestro, dirigiéndose á su amigo Gesner, escribe á propósito de igual asunto: "Todo el bien que se hizo á la niñez en cuerpo y en alma lo vino de mi mano. De nada me hubiera valido establecer entre ellos y yo el hilo conductor de la ciencia, si al propio tiempo no hubiera tendido el de las almas. Enséñoles á pensar también con el corazón, y los inculqué en germen esas nociones cuyo fruto de bondad y de cultura en la familia y en la ciudad terrestre, los llevarán seguramente á habitar con la familia, y en la ciudad celeste."

HORAS TRISTES.

Si al murmullo de la brisa
Que perfuma la violeta,
Has sentido tu alma inquieta.
Palpitar con emoción;
Si al adormirte en los brazos
De tu madre tierna y pura
Has visto que la amargura
No oprimo tu corazón;
Si al arrullo del jilguero
Que vuela con gozo y calma,
Sientes que tranquila tu alma
No experimenta el dolor;
Piensa en aquel infelice
Que solo con su quebranto,
Por consuelo tiene el llanto,
Por amigo sólo á Dios!

CARLOS P. DELITO.